

Las cucarachas no quieren que duerma

Si tu padre vive en la calle es probable que arruine alguno de tus planes. Es probable que durante muchos años arruine tus tardes. Y que cada vez que veas una sombra en la pared creas que es una cucaracha. Quizás, pese a tu terror, no termines como él; pero tu mayor pesadilla será terminar apenas mejor. Nunca increíble, nunca con una larga noche de felicidad.

Esa tarde lo viste. Salías apurada de comprar galletitas frente a lo que, creías, era la Biblioteca Nacional. Con una mano sostenías el paquete y las monedas que te había devuelto el quiosquero y con la otra intentabas maniobrar la bicicleta. Destartalada, se doblaba contra tus piernas.

Tu padre estaba sentado en el escalón de un almacén. Te pareció que hablaba solo. Si él no te hubiese visto, habrías montado la bicicleta, te habrías abalanzado sobre la avenida. Pero él te vio y no te quedó más remedio que acercarte. No supiste muy bien por qué no tenías más remedio, o en realidad, lo único que supiste fue que era tu padre, el cuerpo de tu padre, el que no conseguía estar de pie. Con una mano empujaba la persiana del almacén, la otra le colgaba como muerta a un costado. Desviaste la mirada hasta que lo consiguió.

Los pocos encuentros con él desde que vivía en la calle habían sido pautados. Él te llamaba desde un teléfono público y quedaban en juntarse en una plaza. Esta era la primera vez que lo cruzabas sin previo aviso y te pareció que él

no estaba en condiciones de verte. Estaba abrigado, muy abrigado. No lo abrazaste, tenía mirada de borracho malo:

—Así que vos sos mi hija —dijo.

Así que yo soy tu hija, pensaste vos. Y sonreíste, no a tu padre, sino de una manera casi automática a la gente que te pasaba por al lado para que no creyeran que un desconocido te estaba hostigando. Eso lo habías aprendido: a veces lo abrazabas en el medio de la calle para que no quedaran dudas de que estabas a salvo.

—Así que vos sos mi hija —repitió él.

El cuerpo jorobado, la piel quemada por el sol, la transpiración en la frente, las capas y capas de ropa encimada y oscura, le daban aspecto de bicho. Además, su cara. Ya no podías imaginar lo bonito que había sido, eso también era algo que practicabas con tu padre: recordar a tu padre y seguir adelante. Ese día parecía enojado. No supiste si debías responderle o si era algo que él se decía a sí mismo. No sabías nada. Te pareció que se tambaleaba, ¿o no se movía en absoluto?

El tránsito y las personas ya no corrían entre el aire de la primavera. Algo espeso como el petróleo había caído sobre la calle. Mirándolo bien, tu papá apenas parecía una persona. Si hubieses podido verle las manos, iguales a las tuyas, o si él hubiera hecho el gesto anterior a reír, quizás te hubieses acordado, pero no, y le corriste la mirada.

Esos ojos. Desde que vivía en la calle no existía algo llamado *las cosas de tu padre*, ni siquiera su ropa, siempre desconocida. Esta vez los ojos, negros como si la pupila se hubiese derramado, te desconcertaron. No pudiste recordar de qué color eran antes y entonces algo, un fragmento de miedo, relampagueó en tu cabeza: imaginaste que él, con el brazo que tenía muerto, iba a clavarte algo en el ojo.

No te gustaba sentir miedo al lado de tu padre. Dejaste de sonreír y te apartaste un poco más con la bicicleta, que en ese momento pesaba como un cañón engarzado en piedra. La fuerza de la cara, de los dientes. Te vas a acordar, cada vez que estés herida, que las personas primero se van con la fuerza de los dientes.

—Me tengo que ir —le dijiste—. Tengo clases, me están esperando.

El paquete de galletitas y las monedas cayeron al suelo. No volviste a buscarlas y eso, no volver atrás y agarrar lo que era tuyo, te dio vergüenza.

—¿A dónde te vas a ir? —te dijo él caminando atrás tuyo.

—Me tengo que ir —contestaste y cuando viste que te perseguía, dijiste algo que te partió la boca—. No, señor. No tengo nada.

Subiste a la bicicleta y te abalanzaste sobre la avenida.

Casi te mato pelotuda, gritó alguien. Atrás tuyo un colectivo daba un volantazo. Otro, desde un coche, también dijo que eras una pelotuda, una

pelotuda de mierda. Y te pareció que varias voces más te maldijeron al mismo tiempo.

Mientras empujabas los pedales, te diste vuelta una vez más para ver a tu padre. Miraba desde el cordón de la vereda, con un brazo en jarra y el otro colgando inerte. Avanzaste sin respetar los semáforos y algunos autos frenaron en seco. No ibas a parar, podías sentirlo: él avanzaba aplastando los autos, chocándose contra los árboles. Cuando llegaba hasta vos, te levantaba por el aire y después dejaba que caigas. Derramada sobre el piso, cerrabas los ojos: una cucaracha gigante abría las alas y las golpeaba contra tu cuerpo.

Viste la luz roja de un semáforo y tus manos aferradas al manubrio. Bajaste la velocidad. Las copas de los árboles se movían y abrían, viste polvo. Una radio chillando desde un auto cercano, los ojos de un nene, cemento. Seguiste pedaleando, por debajo de la ciudad.

No vas a saber cómo volver al escalón donde estaba sentado tu padre. Ni si existe ese lugar. Vas a clamar que te lleven con tu padre. Cada vez que veas una sombra en la pared, vas a darle la mano. La verdadera pesadilla será no volver y levantar lo que era tuyo.